

La historia de la medicina, disciplina médica para la formación del médico

Reflexiones sobre la actualidad de un programa lanzado por Pedro Laín en 1950

No es mi propósito desmenuzar la evolución intelectual de Laín como historiador de la Medicina, ni tampoco trazar los pasos de cómo ha ido cumpliendo su vocación propia de construir una antropología médica desde la historia de la Medicina. Sólo subrayar el programa de dignificación intelectual y humanización del médico y del estudiante de medicina a través de la docencia y la investigación de la historia de la Medicina, que firmó en noviembre de 1949 y publicó en 1950 en su libro *La historia clínica*. Un programa que conocido por mí en los primeros años de los 60 me resolvió a intentar buscar la verdad «según la historia» desde mi condición de estudiante de medicina, de médico y de profesional de la historia de la Medicina, después. Qué detalles metodológicos o de instalación ante la historia de la Medicina como territorio de investigación, o incluso como disciplina académica, me diferencian ahora de ese original programa de Pedro Laín, no es del caso. Son sólo eso, detalles. En cualquier caso, ese inicial programa continúa siendo el núcleo básico y de referencia de mi actual docencia e investigación.

Conocí a don Pedro (en Valencia no estaba introducida la costumbre madrileña del tuteo), historiador de la Medicina, en la cátedra de historia de la Medicina de Valencia, de la mano de José M.^a López Piñero entonces modesto, pero peculiar, encargado de curso, hacia abril o mayo de 1961. Le peculiaridad residía, no en que la responsabilidad de la enseñanza de historia de la Medicina recayera en un joven profesor —apenas 27 años—, recién venido de Alemania y con su doctorado en Medicina recién estrenado (1960), sino en que desde esa modesta posición académica intentara —y lo lograra— una dedicación exclusiva a la tarea universitaria en su doble vertiente, docente e investigadora. No es el momento de contar cómo la entonces corta familia de López Piñero pudo compatibilizar el *panem lucrandum* cotidiano con la dedicación exclusiva a la universidad desde semejante puesto académico. Lo que inmediatamente consiguió —con el decidido apoyo del entonces Decano de Medicina don Juan Barcia Goyanes— la magnética personalidad de José María, con su gran capacidad de trabajo, fue, en primer lugar, reproducir en Valencia —con toda la modestia que se quiera— el instituto alemán universitario (secretaría —pagada por el mecenazgo de una generosa firma farmacéutica—, biblioteca, sala común de seminario, cuartos de trabajo y servicios auxiliares) apoyado en el importante fondo bibliográfico historicomédico (siglos XVI a XX) de

la Facultad de Medicina de Valencia y en una Hemeroteca médica viva (con una completa sección de referencia) entonces única en España si se exceptúa, quizás, la Clínica de don Carlos Jiménez Díaz en Madrid y el Hospital de Valdecilla en Santander; en segundo lugar, reunir en torno a él a un pequeño, pero entusiasta y serio, grupo de médicos y estudiantes de medicina. Algunos de ellos, culminado el proceso de seducción intelectual, acabaríamos por dedicarnos también en cuerpo y alma a la tarea universitaria de enseñar y hacer historia de la Medicina.

La historia de la Medicina era allí, en el sótano de la Facultad de Medicina donde estaban los locales de la cátedra, no sólo disciplina escolar sino hábito intelectual que nos envenenó a todos. Allí aprendimos y practicamos —de la mano de José María— a buscar en y desde el campo biomédico eso que Laín llama «la verdad según la historia». Pero también aprendimos a conocer los contenidos objetivos de la medicina en su historia. Ambos aspectos —investigación y docencia— estaban por entonces dominados por la obra de Laín. Su denso manual (1954) —cuyo índice de la segunda edición (1962), para facilitar su manejo, hicimos en Valencia José María y yo— era la principal fuente sobre la que se vertebraba la docencia, complementado para las culturas arcaicas, Antigüedad clásica y Edad Media con los tratados de Sigerist, Neuburger y Sudhoff; todo ello hecho digerible y atractivo por José María. La investigación pronto arrancó con dos líneas claras: una, plenamente sólida en sus inicios, de historia de las ideas médicas, al servicio de la viva interpretación del pasado médico con el objetivo de hacer claro el presente —el problema o concepto médico actual que se eligiese— y vivificarlo para un futuro mejor; la otra, débil y modesta en sus inicios pero no menos clara, dedicada al estudio de los problemas sociomédicos en la medicina española orillando lo que se ha llamado las grandes figuras («the great doctors»). La no existencia de éstas en muchos períodos hispanos —por ejemplo en la mayor parte del siglo XIX, que fue por donde se comenzó—, o su deliberada marginación —caso de Cajal—, obligó a la búsqueda de nuevos métodos (la bibliometría), aplicación de conceptos (el de «generaciones intermedias» del mejor Ortega) y estudio de procesos en lugar de figuras, ideas o conceptos (por ejemplo los de recepción y difusión de las ideas biomédicas en el concreto contexto socioeconómico y político español). Esta segunda línea marcaría lo que podríamos llamar inicial peculiaridad investigadora de Valencia iniciada y estimulada por José María. La primera, rodeada a nivel personal por el propio José María en su tesis —*Orígenes históricos del concepto de neurosis*—, pretendía en el área de la historia de los conceptos y problemas psiquiátricos y de patología psicosomática (mi propia tesis lleva por título *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*) continuar la metodología historiográfica madurada por Laín entre 1945 y 1950, que culminó en su ejemplar monografía *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico* (1950). Este libro fue, a la vez, para todos nosotros, meta incitadora y programa de trabajo.

Pero Laín no era sólo un maestro distante, fecundo a través de la lectura de sus obras. José M.^a organizaba seminarios periódicos o provocaba reuniones a las que se desplazaba don Pedro desde Madrid. Porque don Pedro ha tenido y tiene la generosa virtud del maestro que sabe estimular con su presencia física el ánimo —necesario para el trabajo— de quienes se empeñaban en hacer ciencia en un lugar distinto de Madrid. Otras veces, especialmente a lo largo de 1962, acompañaba yo a José María a Madrid para

asistir a los seminarios multidisciplinares que en la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Casa de las siete chimeneas) supo provocar el propio Laín —aunque presididos por Julián Marías— sobre la España del siglo XIX. Unas veces en su casa, otras en un restaurante, solíamos comer los tres juntos. Don Pedro era casi un mito para nosotros y el hecho aparentemente sin importancia de comer con él, nos producía profunda emoción. La charla con él era el mejor de los estímulos para quienes, como nosotros, habíamos encarnado, en él, la historia de la Medicina, aceptada, a su vez, por nosotros como hábito intelectual y como proyecto biográfico. Es difícil de explicar estos sentimientos pero, por otra parte, creo que son los que cualquier discípulo experimenta por el maestro. Y, en este sentido, don Pedro era nuestro maestro y sus ideas, y también su ejemplo de vida académico-intelectual, eran motor indiscutible y aceptado.

Intentaré aclarar lo que don Pedro, como científico y profesional de historia de la Medicina, fue para mí en esos años 60 en que internalicé y acepté —actitud en la que básicamente todavía estoy al cabo de casi 25 años— su idea del papel que la historia de la Medicina, como disciplina médica, y del profesional que la cultiva desempeñan en una Facultad de Medicina. Ni para Laín ni para nadie, la idea que se tiene de una disciplina es algo fruto de una revelación repentina. En él fue el resultado de una peripecia, a la vez intelectual y vital, que culminó en una primera etapa, como ya he dicho, entre 1945-50. Al final de ella, quedaron definidos una concepción de la historia de la Medicina, unos métodos científicos para elaborarla y una instalación profesional desde la que llevarla a cabo. Como he dicho, esa fue la triple realidad que fui descubriendo en Laín desde Valencia, mediatizada entonces en parte por la fraternal compañía de José María, y que me decidió a seguir un camino en el que todavía estoy. Intentar aclarar esos tres aspectos enunciados a través de los propios datos autobiográficos de Laín y de mi propia experiencia, creo que puede ofrecer material útil de reflexión.

Lo primero que diré es que para Laín la historia de la Medicina no es un diálogo con los muertos ni un ejercicio físico por desenterrarlos, limpiar sus huesos, clasificarlos y describirlos minuciosísimamente. Pretende ser, por el contrario, disciplina médica viva y actual, llamada a cooperar con todas las restantes áreas biomédicas en el análisis y solución de los problemas intelectuales, sociales, educacionales, éticos y políticos, estructurales o coyunturales, que afectan al mundo médico. Pero no basta con declaraciones programáticas, el historiador de la Medicina tiene que demostrarlo tomando parte activa en este proceso; y ello hacerlo con el recurso que le es propio, la historia. Esta, como conocimiento histórico, debía cumplir el requisito de ir más allá del mero conocimiento del contenido objetivo del documento del pasado, se entendiera lo que se entendiera por documento —ir más allá del positivismo—, para buscar «aquello que le otorgó una determinada significación intelectual y vital dentro de la situación en que tuvo su origen».¹ El objetivo era «edificar una historia de todos los problemas médi-

¹ Laín, P., «Mi oficio en el año 2000», *Revista de Occidente* 103 (1971), p. 57. Creo que fue en 1969; quienes organizamos en Valencia el III Congreso Nacional de Historia de la Medicina, pedimos a don Pedro que nos expusiera lo que en su opinión debía ser la historia de la Medicina de entonces en adelante. Su discurso, críticamente autobiográfico y lúcido y estimulante como pocos —publicado en las Actas y, posteriormente, en la R. de O. con el título arriba indicado—, sigue siendo pieza de obligada lectura.